

# Henry 1.

CAPÍTULO

**E**l salón de baile de los Tudor brilla como si estuviéramos tras bambalinas en un cabaret de Las Vegas. Demasiado recargado —la cristalería, los diamantes, la gente— y ni siquiera hay suficiente champán.

Cuando comienza a sonar un vals, llevo a Catherine al medio de la pista y la guío para bailar entre la multitud de rostros enmascarados. A pesar de los años de lecciones de baile, no hay caso. Siempre me siento fuera de lugar en estas malditas fiestas.

Mi novia endereza la columna y examina la habitación con el cuerpo rígido, buscando a la gente más importante e influyente de Medina. Ve a nuestros amigos acercarse bailando hacia nosotros y ofrece una sonrisa poco frecuente.

—Te ves preciosa, Cath —susurra Liz cuando ella y Wyatt están al alcance del oído. Y luego me dice—: Un baile de máscaras. Tu mamá es brillante, Henry. Me siento como una princesa.

Mi padre hubiera odiado esto: la interminable corriente de plumas, hojas doradas y joyas. Yo también lo odio, pero las

implacables lecciones de etiqueta rebobinan en mi cabeza y luego se reproducen en cámara lenta.

—Y así es como te ves —le contesto con un guiño.

—No fue una de tus mejores líneas —dice Catherine en voz baja mientras Liz se aleja bailando entre risitas, y Wyatt me lanza una mirada fija.

Francamente, me sorprende que esté en posición vertical: hace menos de veinte minutos, él y el resto de los chicos estaban fumando detrás de la casa de la piscina. No los culpo. Si yo pudiera hacerlo sin temer las consecuencias...

—Mortalmente aburrido, ¿verdad? —pregunta Catherine. La varilla de su máscara incrustada de diamantes se clava a un costado de mi torso—. Deberías sentirte orgulloso, Henry. No sé cómo lo logró tu mamá, pero la casa luce...

*Estridente* es la palabra que creo que está buscando: una alfombra roja fluye por el medio de nuestra escalera central como un río de sangre; un contraste chocante con el habitual blanco que recubre todo, desde los sofás de cuero hasta las columnas de mármol.

—No estoy mirando la ambientación —respondo, y deslizo mis manos por la espalda de Catherine hasta que se acomodan sobre su trasero. El vestido púrpura abraza sus caderas y su cabello rubio se derrama en rizos sueltos sobre sus hombros. Parece una maldita reina.

—No te comportes de manera inadecuada —sisea.

—Pensé que querías que lo pasara bien —digo, y miro hacia otro lado, para que no vea mi sonrisa.

Por el rabillo del ojo veo a unos chicos de tercer año alrededor de la fuente de chocolate fundido. Uno de ellos

finge que va a meter su pene dentro y los otros festejan. Toso para ocultar la risa.

—¿Te parece que eso es divertido? —pregunta Catherine, cada vez más irritada—. Qué desagradable.

—Relájate, Cath —digo, y enlazo mis dedos con los de ella. Cielos, incluso su piel está fría. Dejo escapar un suspiro—. Vamos a saludar a mi madre.

Ante la sugerencia, Catherine se ilumina.

—Voy a refrescarme primero.

—Oh, vamos. ¿Para qué meterse con la perfección? —subo y bajo las cejas, dos veces, en una lamentable imitación de Sean Connery—. Estás deslumbrante, muñeca.

Su boca dibuja una línea severa y deja caer mi mano a un costado.

—Eso no es para nada sexy.

*Catherine.* Inteligente y popular. Ella me *entiende*, o al menos a la persona que todo el mundo cree que soy. Además, es una Aragon, que no es lo mismo que ser un Tudor, pero como mamá se ha propuesto encontrarme una pareja adecuada en Medina, Catherine encabeza una lista muy corta.

Me besa en la mejilla y me deja plantado en medio de la pista. Empieza a sonar otra canción y escaneo la multitud en busca de una nueva pareja de baile. Tal vez la esposa del senador o del vicedirector de la Academia Medina; cualquier persona que me saque de la cabeza esta creciente tensión. Me doy la vuelta y...

El corazón se me sube a la garganta.

Ella es un cuervo entre las palomas. El lápiz de labios rojo sangre dibuja un corazón que resalta contra su cabello

negro y el sencillo antifaz en su mano. Algo se agita en mis entrañas.

La chica baja el antifaz y me quedo sin aliento. *Esos ojos...*

Ella parpadea y el trance se disuelve. Me froto el rostro con las manos para recobrar el equilibrio y avanzo a través de la sala, abriéndome paso entre la multitud, tratando de mantener el contacto visual. Mi rostro está sonrojado cuando llego y extendiendo la mano hacia ella.

—Henry —me presento. El corazón en sus labios se transforma en una ligera sonrisa. Toso para ocultar una risa nerviosa y agrego—. Vivo aquí.

Dios mío. *¿Vivo aquí?* Espero que el suelo se abra y me trague la tierra.

Su mirada no dice nada. Si tan solo riera o sacudiera la cabeza, algo, cualquier cosa, para salvarme de la humillación. Pero permanece inmóvil, sin mostrar ninguna emoción.

Casi.

Desliza los dientes de arriba sobre el labio inferior, raspando la mitad del corazón. Siento que mi cuello comienza a sudar.

—¿Quieres bailar? —pregunta.

Hay una cierta diversión en su voz que me pone en alerta. Sus ojos se fruncen en las esquinas y estoy seguro de que se está riendo de mí. Debería retroceder, pero maldito sea si no me gustan los desafíos.

Extendiendo mi mano y la atraigo hacia mí. Presiona la varilla de su máscara contra mi palma, nuestra piel entra en contacto. Y por un momento me desconcierto, olvido los pasos y pierdo completamente la capacidad de bailar. Ella me sujeta por el hombro mientras nos movemos por la pista.

Mis dedos arden por recorrer los largos mechones de su cabello. Trato de concentrarme en los pasos, los giros y caídas, esforzándome para no tropezar. *Maldita sea*. Estoy completamente agitado, fuera de mi eje, el mundo gira hacia adelante y hacia atrás. No puedo quitar mis ojos de su rostro cautivador, e incluso sin mirar sé que todo el mundo nos está viendo.

Ella se aleja con un giro y la acerco de un jalón. Susurro en su oído:

—¿Quién eres?

La música se detiene y algunos aplausos rompen el hechizo antes de que pueda responderme. Antes de reaccionar, ella desaparece entre la multitud, sin siquiera mirar atrás.

Dejo escapar un suspiro.

Los dedos de Catherine se entrelazan de repente con los míos.

—¿Y quién era *esa*? —la ligera elevación de su voz revela sus celos.

Aprieto los dientes y ensayo una respuesta instintiva, porque estoy enojado —o quizás confundido— por mi reacción ante *esa* chica.

—¿Henry? ¿Me has oído?

—No lo sé —respondo, mientras suelto su mano y aflojo el cuello de mi esmoquin. Una cosa es que las inseguridades de mi novia salgan a flote en la escuela. Otra cosa completamente distinta es que me haga una escena aquí, donde la esposa del alguacil se encuentra a pocos metros de distancia, con los oídos atentos y listos para el chisme.

Los ojos de Catherine se vuelven sombríos.

—Debe ser nueva.

—Así parece —comento. Comienza un nuevo vals, así que hago un movimiento como si quisiera volver a bailar. Pero no es en Catherine en quien pienso mientras la atraigo hacia mí, y por el rabillo del ojo veo a la chica. Ella me descubre mirando y cuento los segundos, las respiraciones, los latidos de mi corazón, antes de que levante lentamente su antifaz.

*Maldita sea.*

Mientras Catherine da una vuelta, ella también ve a la chica y se queda congelada a la mitad de un paso.

—Esa es ella con tu madre y el arquitecto del centro creativo —me dice—. ¿Cuál es su nombre? ¿Terry? ¿Travis?

—Thomas —murmuro, sin mirar hacia atrás—. Thomas Harris. Catherine chasquea la lengua.

—Luce... poco refinada, ¿no te parece?

El comentario es un clásico de Catherine. Un clásico de Medina, supongo. Toda la maldita ciudad está subida a un pequeño pedestal, y se empujan y se dan codazos al competir por un lugar mientras se abren paso hasta la cima.

—Creo que deberíamos presentarnos —comento.

Catherine finge una sonrisa.

—Por supuesto. Pero solo un minuto, ¿verdad? —frota su mano a lo largo de mi bíceps y me da un apretón—. Charles y Marie llevarán una botella de champán a escondidas al muelle. Les prometí que iríamos con ellos —su voz se convierte en un susurro—. No puedo esperar para quitarme estos zapatos, me están matando.

El largo vestido de Catherine oculta tacones de doce centímetros, en un esfuerzo para disimular su estatura. Con un metro ochenta y ocho, soy mucho más alto que ella.

—Confía en mí, hay un millón de lugares donde preferiría estar.

Aunque ahora resulta ser una mentira descarada.

Cuanto más nos acercamos a la chica, más fuerte suenan las risas cascadas de mi madre sobre el ruido blanco que forman las carcajadas, las conversaciones y la música. La vida sin papá y mi hermano no ha sido fácil para ella el año pasado. Qué diablos, no ha sido fácil para ninguno de los dos. Pero, de algún modo, se las arregló para resurgir de las cenizas de la pena como un fénix de fuego, y la gala de esta noche es el último paso para una resurrección completa. ¿Yo? Todavía estoy enterrado bajo los escombros.

Catherine se aferra a mí. Esta chica nueva la empujó fuera de su zona de confort. Y yo me siento culpable: porque a pesar de que no debería estar observándola, eso es lo que hago.

Lo que queda del corazón pintado en sus labios se abre cuando nos acercamos, revelando un pequeño espacio entre sus dientes.

—Hola de nuevo —digo, mientras el calor se extiende por mis mejillas.

Ella asiente, observa. Mi rostro se pone caliente y no encuentro las palabras.

Los dedos de Catherine se mueven de mi codo a mi hombro, y se cierran en un apretón posesivo. Ella tuerce el cuello, se inclina hacia mí y su cabello rubio se derrama sobre mi esmoquin.

—No sé lo que le ocurre a mi novio esta noche. Debe ser el alcohol en el ponche —ella sonrío, pero incluso desde mi

punto de vista parece más bien una mueca burlona—. Soy Catherine.



Los labios de la chica se abren y capto un destello de algo plateado en su boca. Mi garganta está seca como papel de lija. ¿Es un piercing en la lengua? Dios mío. Todo en esta chica es endiabladamente sexy.

Catherine se aclara la garganta, me aprieta demasiado fuerte.

—¿Y tú eres?

—Anne —la chica sonrío un poco—. Anne Boleyn.